

El entramado bíblico de las moradas teresianas

SECUNDINO CASTRO, OCD
Universidad P. Comillas. Madrid

PRESENTACIÓN

El acercamiento teresiano a la Biblia se realiza de múltiples formas. Una de ellas se refiere a la interiorización tan profunda que se produce en el ser de Teresa, de tal manera que cuando verbaliza su experiencia, lo hace con categorías y estructuras bíblicas. No se trata ya de aducir textos, que sí lo hace en incontables ocasiones, sino de incorporar el pensamiento de la Escritura en lo más nuclear del suyo. De tal modo se halla la Biblia en sus escritos, que su lenguaje, sin dejar de pertenecer al siglo XVI, en muchos momentos parece originado en tiempos de la Biblia misma y en su contexto.

Hace bien poco publiqué un estudio sobre la configuración bíblica del relato teresiano¹. Allí me refería más bien al libro de la *Vida*. Ahora voy a estudiar las *Moradas*², en las que ella de alguna manera sistematiza su espiritualidad. La obra está trezada de citas y categorías bíblicas. Cada uno de los momentos responde a un aspecto bíblico largamente meditado y asimilado vitalmente por Teresa, donde

¹ *Configuración bíblica del relato teresiano (elementos centrales)*, en *La Gloria del Verbo*. Homenaje al Profesor Domingo Muñoz León. Ignacio Carbajosa - Agustín Jiménez González (eds); Estudios Bíblicos LXVI (2008), 1-4, pp. 217-244.

² «Esta presencia tan fuerte [de la Biblia] es, además, mucho más copiosa en Las Moradas que en los demás libros» (R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2007, p. 153); véanse las páginas 153-154.

la experiencia mística se confunde con la experiencia de la palabra. Los textos bíblicos quedan así profundamente existencializados.

Pero la contemplación teresiana se refiere más que a la reflexión sobre una frase o la mirada a un pasaje del que le dimanen paz, gozo, seguridad y otras muchas sensaciones íntimas del alma, a la comprensión profunda de lo que pudiéramos llamar *conjuntos bíblicos, estructuras o experiencias existenciales globales*. En este sentido nos vamos a detener en el libro de *Moradas*, en donde confluyen los estilos de casi todas sus obras.

Antes, sin embargo, quiero presentar algunos textos, donde se muestran las vibraciones del alma teresiana ante la Biblia.

I. ALGUNOS TEXTOS SIGNIFICATIVOS

Concretamente, y en referencia a la Biblia, nos ha dejado un testimonio precioso de los días de su niñez. El pasaje es muy delicado y no nos resistimos a transcribirlo: «¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana, y así soy muy aficionada a aquel evangelio. Y es así, cierto, que sin entender como ahora este bien, desde muy niña lo era y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada adonde estaba siempre con este letrado, cuando el Señor llegó al pozo: «Domine, da mihi aquam» (V 30,19). Aquí, sin duda, podemos percibir la estrecha sintonía de Teresa con la Biblia.

Otro texto, ya de su juventud, pero de antes de entrar en el Carmelo, refleja también esta misma actitud con respecto a la Escritura: «Muchos años las más noches antes que me durmiese —cuando para dormir, me encomendaba a Dios— siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto» (V 9,4). La escena del Huerto arrastraba el alma de Teresa a ese lugar. Tantas veces recordada, la memoria trasladaba la historia al presente. Así, el pasaje bíblico se le hacía tan familiar como los sucesos de su vida. En otro lugar nos dejará traslucir las fuentes de su oración y su preferencia por los evangelios. «Siempre yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los Evangelios, que se salieron por aquella sacratísima boca así como las decía, que libros muy bien concertados» (CE 35,4). Aquí

se refiere Teresa al tema del recogimiento, de tan hondos significados en aquella época. A Teresa le recoge la palabra que anuncia a Jesús. Todo el evangelio quedaba orientado a recogerse. Mientras que para no pocos recogerse era perderse en la Divinidad (V 22,1; 6M 7,5), para ella, era hacerlo en Jesucristo³.

Cuando enseñe a hacer oración siempre recurrirá a esta cercanía y presencia del Señor, reflejada en los evangelios (CE 38,1-2). Dirá que quien medite, lo puede hacer sobre cualquier aspecto de la creación, pero aconsejará que nunca se deje la Pasión y vida de Cristo, de donde nos ha venido todo el bien (V 13,13). La cristologización de la oración y de la Biblia constituye una de las notas más características de su mística y actitud contemplativa (6M 8,1ss)⁴.

Teresa como enseña el concilio Vaticano II tiene una visión cristocéntrica de la Escritura y hará de los evangelios el centro de la Biblia. Es de sobra conocido el significado que para ella representa la imagen del agua como expresión de la comunicación religiosa. En el *Camino de Perfección*, libro en el que enseña a orar, a relacionarse con Dios, en actitud contemplativa, habla de la sed de Dios, que produce en algunos momentos esta relación, llegando a tal extremo que parece desfallecen las fuerzas de la naturaleza; la persona se siente a las puertas de la muerte. Es entonces cuando Dios acude con el agua viva, donde de momento sacia esos deseos que parecían insaciables. Pues bien, esta agua viva se halla en los evangelios. Teresa entenderá los evangelios como fuente donde debe anegarse la cierva (V 29,11). Exclamará: ¡Bendito sea el que nos convida que vamos a beber en su evangelio!» (CE 31,5). De nuevo tenemos que decir que Teresa no se limita a leer el evangelio o meditarlo, va allí a beber, que implica una inmersión completa, poniendo en práctica las actitudes vitales que el texto requiere para su comprensión existencial, que son ante todo ansias ardientes de que la palabra se inscriba en nosotros con toda la fuerza que ella proclama.

Pero si los evangelios gozan de esta primacía por expresar de forma inmediata la palabra y el ser de Jesucristo, no quiere decir que el resto

³ Los capítulos 22 de Vida y 7 de sextas moradas no tienen otro objeto,

⁴ Cf. 6M8,3; S. CASTRO, *Cristología teresiana*, Madrid, EDE, 2009², pp. 251-252.

de la Escritura no ejerza en ella un influjo decisivo en su contemplación. Veremos que se irá dando una sintonía entre sus experiencias y la Escritura. En esto Santa Teresa está también de acuerdo con la iglesia cuando ésta afirma que dentro de la Escritura los evangelios gozan, «merito excellere», de una condición especial⁵.

Es, comentando algunos versos del *Cantar de los Cantares*, donde ella nos dejará ver mejor los sentimientos que conmueven su alma al acercarse a los textos inspirados. Ya en el prólogo de esta pequeña obra, escribe: «Habiéndome a mí el Señor de algunos años acá dado un regalo grande cada vez que oigo o leo algunas palabras de los Cantares de Salomón, en tanto extremo, que, sin entender la claridad del latín, en romance me recogía más y movía mi alma que los libros muy devotos que entiendo —y esto es casi ordinario—» (Mc Pról, 1). Pero Teresa llega a más. Dirá que en la lectura de algunos versos del *Cantar* ha encontrado gran seguridad para su alma. Hablando de sí misma de forma impersonal, confesará: «Y sé de alguna (persona) que estuvo hartos años con muchos temores, y no hubo cosa que la haya asegurado, sino que fue el Señor servido oyese algunas cosas de los Cánticos y en ellas entendió ir bien guiada su alma» (MC 1,6). Teresa se halla en la línea de Orígenes, quien afirma que el libro más sublime del Antiguo Testamento es el *Cantar*, y del Nuevo, los evangelios, y de entre éstos, el evangelio de Juan⁶. En su experiencia mística ha llegado a las mismas conclusiones que el gran exegeta. Curiosamente en este libro va a ver reflejados los estados de la vida espiritual.

Está convencida de que en la Escritura se encuentra respuesta a todas nuestras experiencias. Allí se hallan todas las vivencias que pueda tener el alma. Por tanto, desde estas percepciones se comprenden mejor los textos. Y así, tratando de expresar los sentimientos que embargan al alma en séptimas moradas, y sintiéndose incapaz de hacerlo como le gustaría, exclama: «¡Oh, Jesús, y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta

⁵ DV 18.

⁶ Teresa en los momentos más sublimes de *Moradas* acudirá a Juan, cosa que no hace en el libro de la *Vida*. Del análisis del capítulo 7 de sextas moradas parece inferirse que Teresa descubrió a Juan en los últimos años de su vida o al menos encuentra en él una respuesta más adecuada a sus más encumbrados estados de la vida espiritual.

paz del alma! (7M 3,13)⁷. Esta afirmación nos muestra la estrategia que sigue en sus obras. La transmisión de su experiencia la va a realizar principalmente con textos de la Sagrada Escritura, que se convierten así en fuente y medio de su literatura. Por ello esa doble operación supone otras tantas actitudes ante la Palabra. Primero, la inmersión en ella, de la que dimana la experiencia, y después, la reflexión detenida para calibrar en qué medida la expresión bíblica se ajusta a lo que pretende transmitir⁸. Cuanto acabamos de decir es aplicable a todas las obras de Teresa⁹.

II. EL ENTRAMADO DE MORADAS

1. *De los castillos de Ávila, al paraíso del Génesis y a la Jerusalén del Apocalipsis*

Ya el mismo nombre «morada», utilizado con tanta frecuencia por Teresa nos está reclamando un origen bíblico. Es probable que en un primer momento lo entienda como la parte reservada de un castillo, una estancia. Pero enseguida le infunde tal dinamismo que lo sitúa en su más genuino sentido bíblico. Por otra parte, ha citado previamente el texto de Juan 14,2 (1 M 1,1). Juan entiende las moradas como una derivación del verbo «meno», vocablo que utiliza con bastante frecuencia para significar la relación permanente, vital, sin interrupción entre Jesús y el Padre, y entre nosotros y Jesús, y a veces también entre el Padre y nosotros (14,23). Por tanto, podemos decir que Teresa asume una categoría muy significativa del evangelio de Juan. Desde este aspecto, todo el libro de *Moradas* ya cobra un cariz bíblico, es un efecto de su contemplación. La idea de moradas se prosigue en el *Apocalipsis* (21,10-23), en el que morada es la ciudad entera. Así parece que Teresa entiende también su obra.

⁷ En *Meditación de los Cantares* se detendrá en hablar de la paz del alma, proveniente del beso al que se alude en el Cantar; cf. MC 1,11ss.

⁸ Cf. S. CASTRO SÁNCHEZ, *Configuración bíblica del relato teresiano (elementos centrales)*, en *La Gloria del Verbo, o.c.*, pp. 217-244.

⁹ «La experiencia bíblica de Santa Teresa lo llena e invade todo en sus escritos y vida» (R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa, o.c.*, p. 18).

Los fundamentos de esta ciudad vienen descritos con trazos bíblicos. El primer recuerdo es para el *Génesis* (1,26). Y mientras en *Vida*, en los dos capítulos primeros, nos presentará de forma inconsciente la creación, la tentación y la caída¹⁰, aquí va a hacer referencia al alma, imagen de Dios. Por tanto, una realidad muy rica y llena de misterios, llena de moradas¹¹ (Jn 14,2) o, mejor, de posibilidades de acoger a Dios. Ese ser imagen de Dios, le va a dar capacidad de Dios, de llenarse de él, de estar constituida desde su esencialidad para él. Es un espacio para él. Dios nos creó para la relación con él. Las moradas son capacidades dinámicas¹². Capacidades que como todo vacío exigen su lleno. Esa capacidad de relación la apoya Teresa en *Proverbios* 8,31, que presenta a un Dios que goza de estar entre los hombres¹³. Del castillo del siglo XVI se salta enseguida a la ciudad de Jerusalén, y de las estancias del castillo medieval a las moradas del cuarto evangelio o la Jerusalén celestial del *Apocalipsis*¹⁴. Así es la contemplación teresiana de la Biblia. Como se ve se trata de una asunción profunda de las categorías de la Escritura, de tal manera, que quedan perfectamente incorporadas a su discurso. El sol de la ciudad celestial, ahora lucirá en la morada del alma. De esta forma la antropología teresiana se reconstruye desde las perspectivas escatológicas de la Biblia. Y Teresa realiza este milagro de forma natural, sin pretenderlo, por conexiones

¹⁰ S. CASTRO, *Ser cristiano según Santa Teresa*, Madrid, EDE, 1985², pp.26-35.

¹¹ Teresa cita expresamente el texto, aunque luego hable de un castillo de su época.

¹² Veremos que este mismo sentido tienen en Juan. Cf. S. Castro Sánchez, *Evangelio de Juan. Comprensión exegetico-existencias*, Bilbao, Desclée, 2005³, pp. 318-320.

¹³ Parece que en la mente de Teresa esa frase de *Proverbios* se traslada al paraíso de deleites, que sería el del *Génesis*, y después aquellos lugares donde ella piensa que se deleita Jesucristo, como sería su convento de san José: «Este rincón de Dios... y morada en que Su Majestad se deleita» (V 35,12). Obsérvense los dos textos de *Moradas* conjuntados aquí. El texto de *Proverbios* Teresa lo cita varias veces.

¹⁴ Apoc 21,10-23. Parece que en Teresa se generan estas estructuras a base de diversas asonancias de los libros bíblicos. Así, cuando hable de «este árbol de vida» (1M 2,1), (cf. 1M2,2) puede referirse a Gn 3,22, Sal 1,3, Apc 2,7; 22,1-2, Jr 17,8 y Ez 17,5-8 parece que están más distantes. Todos estos textos configuran el ser del alma, que estos primeros momentos de *Moradas* está comparando con el jardín del *Génesis*. Es probable que en algunos casos Teresa no perciba en su plenitud los conjuntos bíblicos o estructuras que brotan de su pensamiento. Esto ocurre con no poca frecuencia a los grandes creadores.

de su yo hebreo y místico con los textos inspirados que ella pretende vivir de forma muy intensa.

2. *Todo se pone en movimiento*

Para poner en movimiento esta realidad es imprescindible la oración, como ella la entiende: relación con Dios. Por eso Teresa pensará que es la puerta del castillo o de las moradas (1M 1,1). En este momento se abren para el alma grandes panorámicas de vivencias, y comienza a dibujársele que es vanidad (2M 1,2) todo lo que no entre dentro de este proyecto divino. Pero ante panorámicas tan halagüeñas, siente el alma, por otra parte, el desaliento y la atracción de lo mundano (2M 1,3-4). Es el momento de una gran tentación. De alguna forma, lo mundano le parece eterno. Lo que anteriormente creía mentira (2M 1,4) y vanidad, ahora se le llena de colores, se le pinta como la verdadera realidad. Nos viene a la mente la expresión: «Hijo, si te acercas a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba [tentación]» (Si 2,1).

Otra gran tentación es no querer asumir el sentido de la cruz (2M 1,7). Es buscar en la oración gustos y consolaciones. Teresa quiere dejar bien asentado este principio. Ella sabe que el Señor puede acompañar su presencia con consolaciones al alma, y de hecho muchas veces lo hace (3M 1,9), pero la disposición del alma ha de ser comulgar con la vida de Jesús, y en concreto con sus experiencias de cruz, pues en estas moradas primeras no es donde, con frase curiosa, nos dirá: «se llueve la maná»¹⁵ (2M 2,7). Y exhorta a ser fuertes, «sea varón», y cita Jueces 7, 5,6¹⁶ (2M 1,6). Téngase presente el discreto recuerdo del *Éxodo*. Pronto hablará de la tierra [de promisión] (2M 1,9)¹⁷. Esto nos trae a la memoria que como en la configuración de la autobiografía, la categoría de éxodo formará parte del entramado, pues su existencia no

¹⁵ Ex 16,4-35. Cf. Sb 16,20; Sal 77,25; 104,40.

¹⁶ Texto de hondo contenido bíblico: «sed fuertes» y el caso de Gedeón en la conquista de la tierra.

¹⁷ El texto es precioso: «Y verán cómo Su Majestad le lleva de unas moradas a otras y le mete en la tierra adonde estas fieras ni le pueden tocar ni cansar; sino que él la sujete a todas». El texto tiene numerosas reminiscencias bíblicas. Ante todo la de *Éxodo*, pero también la idea de descanso, y el dominio de las fieras. Contactos, sin duda, con los libros de *Génesis*, *Éxodo*, *Deuteronomio* y *Salmos*.

se entiende sin esas salidas que ella nos rememora con énfasis. Salida de niña en pos del martirio (V 1,6), salida de joven a las agustinas de Ávila (V 2,6ss), —a aquella especie de desierto—, salida a casa de su hermana (V 3,3), deteniéndose en aquella soledad donde vivía su tío (V 3,4), salida hacia el Carmelo (V 4,1ss) y salida de enferma (V 4,5)¹⁸. En cada una de estas salidas ella se encuentra —podemos decir— con un tipo diferente de Dios. Dios modifica su rostro en cada uno de esos éxodos. ¿Teresa ha interiorizado la Biblia? o ¿la Biblia ha interiorizado a Teresa?

La situación de estas personas que, por una parte, imaginan las riquezas que pueden hallarse en este seguimiento de Jesús, pero, por otra, perciben la distancia a que se encuentran de ellas, le recuerda a Teresa la historia del hijo pródigo (2M 1,4)¹⁹. Como se ve, nuestra autora no inserta una referencia bíblica de mero apoyo o adorno a su discurso, sino que lo hace poniéndola como entramado dinámico del mismo. La palabra bíblica no es externa a su discurso. En algunos casos se constituye en fuente principal y en otros le da coherencia y le imprime sentido²⁰. Su vida se sustancia con la Escritura. Teresa salta admirablemente de los tiempos del éxodo a los de Jesús. Es que la Biblia concentrada se realiza ahora en la persona. Así se va a entender ella misma.

Pero sigamos el proceso de *Moradas*. Ante esta tensión que se genera en el alma entre las ansias de lo eterno y la atracción de lo temporal, recuerda Teresa la paz que Jesús dio en el cenáculo a sus discípulos (2M 1,9)²¹, al mismo tiempo que advierte que todo cuanto aquí se pretende es hacer la voluntad de Dios, donde se halla la esencia de la perfección. Recuerdo velado al padrenuestro (2M 1,8.12). Ahora bien, esta voluntad de Dios se expresa en Jesucristo. Y enseguida Teresa

¹⁸ Mt 7,26-27: exhortación a no edificar la casa sobre arena (2M 1,7); Mt 20,22 a no ser como los Zebedeos (2M 1,8), y Jn 15,5 a tener siempre presente que nada podemos sin la ayuda de Dios (2M 1,6).

¹⁹ Lc 15,16. También el Hijo pródigo se sitúa en una especie de éxodo. No olvidemos que Teresa ha emprendido una marcha hacia el centro del alma: del *Éxodo* al *Génesis*, de nuevo.

²⁰ Es el caso de Mt 7,26-27, la edificación de la casa sobre arena. En medio de este éxodo hacia el interior Teresa nos recuerda que estamos edificando una casa (una morada) en la que va a habitar Cristo; cf. 5M 2,4.

²¹ Jn 20,19-21; Lc 24,36; Mc 9,50).

acude a dos citas de Juan, de hondo contenido cristológico: «El mismo Señor dice; ‘Ninguno subirá a mi Padre sino por mí’ y ‘quien me ve a Mí, ve a mi Padre’» (2M 1,12)²². Y viene a continuación un pasaje casi poético en el que exhorta a mirar a Jesús. Es un mirar absorbente, que nos remite a pasajes deliciosos de la Autobiografía (V13, 22)²³. Es un mirar que nos arrastra a Jesús o mejor arrastramos nosotros al Señor. Así Jesús nos sube y nos transforma. Estos textos recapitulan un tanto cuanto anteriormente venía diciendo, sobre que hay que situar el camino en el seguimiento de Jesucristo: «Y como no es más el siervo que el Señor» y que la confianza de que podemos llegar se halla en él, aunque en seguida hará referencia a otros textos cristológicos que ponen de relieve también nuestra colaboración: «Y que hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario orar, para no entrar siempre en tentación» (2M 1,12)²⁴. Merecería ser transcrito todo este número, porque forma como un todo, donde los cuatro textos bíblicos escogidos son un clamor que Teresa envía para arrastrar hacia Cristo a estas personas sumergidas todavía en la duda de si emprender el camino de la relación con Dios. Es curiosa la alusión a la fe, a la que Teresa al igual que Santiago quiere ver acompañada de obras (St 2,24); y éstas, derivadas de los méritos de Jesucristo. Se notan alusiones a diversos textos de la Biblia entonces en litigio. La fe salva en cuanto proveniente de la redención en Cristo, «sola fides» (Rm 3,28). Pero ésta, como resaltará Santiago, tiene que ir acompañada de obras, u obrar por la caridad como matizará Pablo (Ga 5,6).

En fin, la segunda moradas refleja el tiempo de la conversión, esa hora, en que el hombre, por una parte, quiere abrirse de par en par al misterio, pero, por otra, las realidades humanas le requieren para sí. La lucha y el dolor son muy intensos. La conversión, no lo olvidemos, recorre toda la Biblia. Es tiempo de huida de las situaciones que ponen en peligro la relación con el Señor (2M 1,12)²⁵.

²² Jn 14,6.9.

²³ Cf. V 12,1-3; V 13,13.

²⁴ Mt 10,24; Mt 16,41.

²⁵ Si 3,24.

3. *Con los ojos puestos en el joven rico*

El tercer estadio teresiano halla su momento bíblico en el seguimiento (3M 1,5-7), y su situación mística, en la purificación activa y pasiva del sentido (3M 1,5; 2,1). Se abre con una cita bíblica: «Bienaventurado el varón que teme al Señor» (Sal 111,1). Si la persona ha vencido las batallas pasadas, Dios la pondrá en seguridad de conciencia. Desde esta seguridad el alma ansía suplicar aquello que leemos en el evangelio de Juan que dijo Tomás: «Muramos con Vos» (3M 1,2)²⁶. El prototipo de esta morada es el joven rico: «Desde que empecé a hablar en esta morada le traigo delante» (3M 1,5, cf. 7)²⁷. Teresa piensa que muchas veces las sequedades pueden proceder de esta actitud de no darse del todo, aunque otras veces proceden de la misma acción del Señor que nos purifica, como son «unos trabajos interiores que tienen muchas almas buenas, intolerables, y muy sin culpa suya, de los cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia» (3M 1,5). Se trata, sin duda, de la noche oscura pasiva del sentido. Jesús nos quiere conducir a la desnudez y dejamiento de todo (cf. 3M 1,8), hasta que nos podamos considerar «siervos sin provecho» (3M 1,8)²⁸. De nuevo la cita bíblica perfectamente traída y con ella el recuerdo del seguimiento en el que se sitúa el enclave de esta morada.

La Santa piensa que ha llegado el momento de seguir de verdad al Señor. Se inicia éste con una presentación de Jesús llena de referencias bíblicas (cf. 3M 1,8)²⁹, donde las características de Divinidad y Humanidad se interfieren. La entrega generosa de la Divinidad en la Humanidad de Jesús exige por nuestra parte una respuesta en esa línea. Pero la Santa nos advierte de un peligro, el de querer componer una vida ordenada —concertada (3M 1,5)³⁰, dirá ella— con el seguimiento. Por eso enseña que debemos pedir al Señor que nos pruebe (3M 1,9)³¹.

²⁶ Jn 11,6.

²⁷ Mt 19,16-22.

²⁸ Lc 17,10.

²⁹ Veamos el texto: «¿Qué podemos hacer por un Dios tan generoso, que murió por nosotros y nos crió y da ser, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de lo que le debemos ... que no hizo otra cosa todo lo que vivió en el mundo, sin que le pidamos mercedes de nuevo y regalos?»

³⁰ 3M 2,1.7.

³¹ Con asonancias a los *Salmos* 25,2 y 138,23.

Y aludirá enseguida a una serie de engaños que persiguen a estas personas, que camuflan sin quererlo las exigencias del seguimiento. Teresa sigue con la mirada puesta en el joven rico, al que se le pide que entregue a los pobres toda su hacienda y luego siga a Jesús (3M 1,7). E inmediatamente pondrá el ejemplo de esas personas que se sienten adheridas a los bienes y lo justifican porque lo quieren para repartirlo entre los pobres. Pero ella advertirá que el concierto de nuestra vida es el que Dios ordenare y que el centro de ella ha de ser hacer en todo la voluntad de Dios «y no queramos nosotros se haga nuestra voluntad, sino la suya» (3M 2,6). Otra alusión al Padrenuestro. Ella no entiende las exigencias que Jesús le propone al joven rico sólo de las cosas materiales, sino de todo. Después de ese ejemplo del rico (3M 2,3-4), hablará de los honores (3M 2,5). También aquí sucederá que cuando este tipo de personas sufren algún menoscabo en esta materia, se sentirán muy doloridas, y no lo achacarán a falta de humildad o deseos de compartir los menosprecios del Señor, sino a que por eso se les impide poder predicar o manifestar la fe mejor. Teresa les pide conformidad con la voluntad de Dios.

Esta morada, que es la del seguimiento, la utiliza nuestra autora para hacernos ver qué diferente es el camino del evangelio del que nosotros nos trazamos. Por eso es importante oír la palabra del Señor y dejar un único deseo en el corazón, el de «sólo caminar a prisa por ver este Señor» (3M 2,8). ¡Qué bien expresa la esencia del seguimiento!; caminar detrás del Señor para alcanzarlo, verlo y cuanto antes, «aprieta».

Sin duda, el centro de la tercera morada se halla en el seguimiento. La anterior se focalizaba principalmente en el Éxodo. Dos categorías bíblicas de gran fuerza.

Simplificando un poco las cosas, podríamos resumir el proyecto teresiano hasta este momento, de la siguiente manera: la primera morada nos presenta el Génesis (Paraíso), al que tenemos que volver por un largo éxodo —segundas moradas—, que evangélicamente se realiza por el seguimiento de Cristo —terceras moradas—.

4. *El Buen pastor que nos conduce a las aguas.*

Y entramos en la experiencia mística propiamente dicha. Teresa, no obstante, se detiene un poco hablando de algunas cosas que se relacionan todavía con el estadio precedente, como sería la experiencia de contento en la oración, que es algo que podemos nosotros adquirir, ayudados de la gracia ordinaria (4M 1,4-7). Hace un alto para lamentarse de las dificultades que a veces se presentan en la vida espiritual, no por causa de las actitudes morales, sino por lo intrínseco de la misma naturaleza, desordenada por el pecado de Adán (4M 1,8-14). Recuerda entonces un pasaje del *Cantar de los Cantares*, en el que habla la esposa de su deseo de ir adonde nadie la desprecie (4M 1,12)³². Esto tendrá lugar en la postrera morada (4M 1,13).

a) El silbo del pastor

Según Teresa la primera experiencia de índole mística tiene lugar en el campo del recogimiento y afecta al entendimiento. La descripción que nos hace de este fenómeno es deliciosa y llena de conceptos bíblicos, que, como veremos, afectan a la antropología teológica de forma especial. Veamos lo más significativo del texto: «Visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérellos tornar a ÉL, y como buen pastor, con un silbo tan suave que casi ellos mismo no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada, y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados, y métense en el castillo» (4M 3,2). Teresa parte en este caso de una doble imagen de Jesús: rey y pastor. El texto se halla singularmente en Juan, que es el evangelista que resalta más estos dos títulos³³. La imagen se sustenta en la experiencia de Teresa,

³² Ct 8,1.

³³ En cuanto al título de Rey baste notar algunos momentos particularmente solemnes de Juan. En el momento de la elección cada discípulo elegido excepto Pedro le va dando a Jesús un título. Según algunos autores serían siete títulos. Mientras que el Bautista le habría dado 5. En total, suman doce, ¿confesión plena? Pues bien, el último que le dan los discípulos por boca de Natanael es el de «Rey

que contempló en una visión a Cristo resucitado, esculpido en su alma, en el centro del castillo (cf. V 40,5). La experiencia de Cristo como centro del alma se puede relacionar con la presencia de Dios en el hombre, tema que preocupaba a Teresa, y también posiblemente con el texto paulino (Ga 2,20)³⁴ citado dos veces. Quizás el descubrimiento del texto de Juan (14,23)³⁵ sea posterior, como pudiera deducirse de la *Cuenta de Conciencia* 15. Pero lo curioso es cómo cristologiza la mística. Lo que la generalidad de autores entiende como absorción del ser en una verdad, contemplación, recogimiento, Teresa lo explica como efectos del silbo del Pastor, una llamada íntima, suave, penetrante, que casi el interesado no lo entiende, pero que le arrastra. Y nótese cómo el Rey se hace Pastor, y cómo su llamada hace palidecer todas las otras cosas, que quedan desamparadas («desamparan»). Teresa aquí entiende la mística no como esfuerzo del hombre, sino como salida de Dios en su busca. Y la persona en virtud de tal absorción sigue esa voz.

b) Hacia las fuentes tranquilas

Estamos ante otra clase de seguimiento, distinto del estadio anterior, pero seguimiento al cabo. La voz que antes nos llamaba, termina ahora arrastrándonos. Se ha roto el cerco que nos impedía la experiencia directa con la persona de Jesús. Como piensan los exegetas de Juan él

de Israel» (Jn 1,49). Cuando la multiplicación de los panes es la multitud, que había asistido al milagro, quien quiere hacerle Rey a la fuerza (Jn 6,15); en la entrada en Jerusalén Juan recalca la realeza de modo particular (Jn 12,13-15). Pero es sobre todo en la pasión. El diálogo entre Pilato y Jesús cobra en este sentido una forma particular. Al final Pilato en nombre del imperio le declara Rey. Y, finalmente, la cruz parece que es la exaltación de la realeza (Jn 18,33-19,42).

En cuanto al título de Pastor, Juan crea toda una escena (Jn 10,1-21), mientras que en los otros evangelios son únicamente algunas frases las que se le reservan. El pasaje de Juan es uno de los más sublimes del evangelio. Jesús aparece como sujeto de experiencia del Padre y objeto de la experiencia de los suyos. El relato asciende al hombre a través de Jesús a la misma Trinidad; cf. S. CASTRO, *Evangelio de Juan, o.c.*

³⁴ V 6,9; CC 3,10: «Viénenme días que me acuerdo infinitas veces de lo que dice san Pablo —aunque a buen seguro que no sea así en mí— que ni me parece vivo yo, ni hablo ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí».

³⁵ CC 14,1; 7M 1...

no nos llama a un nuevo redil, sino a sí mismo. Ahí también se dirige Santa Teresa. De momento es el silbo quien nos arrastra. Pronto le sentiremos a Él directamente. No hemos llegado a la estancia del Rey, pero hemos escuchado su voz, y enseguida percibiremos su perfume (4M 2,6). Ambas cosas nos arrastran hacia su morada.

En este estadio tiene lugar otro tipo de experiencia de Dios que Teresa denomina oración de quietud. Afecta a la voluntad, en la que se experimenta un gusto especial de las cosas del espíritu, que le ayuda en gran manera a distanciarse de los deseos terrenos. La imagen que utiliza para describirla es la del agua (4M 2,4), de tanta raigambre en su literatura. En este caso no hace ninguna alusión bíblica, pero sabido es que Teresa vincula el agua a la Samaritana (Jn 4,1ss). La descripción de este momento parece un calco de las palabras de Jesús cuando dice que «el que beba del agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna» (Jn 4,14). Escribe Teresa: «Produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos..., vase revertiendo este agua por todas las moradas y potencias hasta llegar al cuerpo, que por eso dije que comienza de Dios y acaba en nosotros ... todo el hombre exterior gusta de este gusto y suavidad» (4M 2,4)³⁶. Esta experiencia del corazón ella la ve reflejada en el salmo 118,32: «cum dilatasti cor meum». En MC 4,2 la entiende como una derivación de Cristo. Aquí no es otra cosa que el manar de aquella fuente³⁷, que decíamos se hallaba en el centro del hombre y que identificábamos como expresión de Cristo resucitado, que Teresa contempló un día esculpido en su alma.

Curiosamente, sin que lo comente, en el estadio anterior hemos visto que Jesucristo en forma de pastor llama a los suyos, sus ovejas y les conduce hacia sí, al centro del castillo, a la morada central donde se halla él. De momento no llegan a ese centro, pero sí les alcanzan las aguas que fluyen de él. Teresa en mística da cumplimiento al salmo 23, donde se habla del Señor pastor que conduce a los suyos a las fuentes tranquilas. Su exégesis a ese salmo se halla en su comprensión de las cuartas moradas: oración de recogimiento y de quietud.

³⁶ Quizás también alude a los torrentes de agua viva de la fiesta de las Tiendas (Jn 7, 37-39). Recuérdese la fuente de que habla en 1M2,2-3.

³⁷ 1M2,2-3.

Al hablar de la oración de quietud, Teresa nos ha recordado que el hombre posee una gran interioridad y dentro de ella como un núcleo de donde surge todo. Ya nos había hablado en *Vida* 40,5 de una experiencia, en la que pudo contemplar a Cristo resucitado, esculpido en su alma, como acabamos de recordar. Más adelante, aparecerá desvelado este núcleo, originante de esta experiencia, al que ahora simplemente se refiere. Llama la atención la pedagogía de esta mujer, que, conociendo bien ya estos misterios, nos los va declarando a sorbos, acomodándose a la medida de la experiencia. En sextas y séptimas moradas nos descubrirá que ahí mora Cristo resucitado y la Trinidad, fuentes de toda la mística.

Pero no sólo se sirve de esta preciosa imagen del agua para mostrarnos la invasión de Cristo en la persona; utiliza también la de los perfumes, en clara referencia al *Cantar*: «Digamos ahora como si en aquel hondón interior estuviera un brasero adonde se echasen olorosos perfumes; ni se ve la lumbre ni dónde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun hartas veces —como he dicho— participa el cuerpo» (4M 2,6). Que los perfumes hagan alusión al *Cantar*, se esclarece por la descripción que hace de este mismo grado en su librito *Meditaciones sobre los Cantares*. Sólo unas palabras son suficientes: «Y esto es lo que dice aquí la esposa a mi propósito, que dan de sí los pechos del Esposo olor más que los unguentos muy buenos» (MC 4,2, copia de Baeza³⁸).

5. *En la bodega del Cantar y en el Cenáculo de Cristo*

La experiencia de unión consiste desde el punto de vista psicológico en que Dios ya no sólo se hace presente en el entendimiento (recogimiento), ni sólo en la voluntad (oración de quietud), sino que llega a la fantasía y absorbe también las otras dos facultades. El hombre queda profundamente centrado en Dios. En fin, es como quien «ha muerto al mundo para vivir más en Dios» (5M 1,4). Teresa al comenzar a narrar estos fenómenos se acuerda del dicho del Señor: «Son muchos los llamados y pocos los escogidos» (5M 1,2)³⁹. Recuerda que esa

³⁸ Ct 1,1.

³⁹ Mt 20,16.

muerte a las cosas del mundo y unión con Dios no supone que no se sientan las cosas, sobre todo las afectivas, como le ocurrió al Señor en el caso de Lázaro (5M 3,4)⁴⁰. Dios nos está llevando a una nueva realidad. Teresa describe esta oración como una mirada de Dios sobre el alma, pero una mirada fija, penetrante, que ya nunca se puede olvidar: «Fija Dios a sí mismo en el interior de aquel alma» (5M 1,9). Enseguida veremos que esta mirada es la de Cristo. Es una mirada que enamora, «un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener estando en el cuerpo, deleitosa» (5M 1,4). Y todo esto está aconteciendo en lo profundo del ser, que ella describe como la bodega del *Cantar* (5M 1,13), y el cenáculo, donde se hizo presente Cristo resucitado, cerradas las puertas (5M 1,13)⁴¹. Como vemos, Teresa acude casi siempre a lugares de la Escritura para reflejar lo que está aconteciendo en su alma.

Pero no contenta con eso, da un paso más y cristologiza la experiencia ayudándose de la figura del gusano de seda y su proceso. Dice: «Comienza a labrar la seda y edificar la casa donde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo. En una parte me parece he leído u oído que nuestra vida está escondida en Cristo u en Dios —que todo es uno— o que nuestra vida es Cristo» (5M 2,3)⁴².

La oración de unión produce una gran transformación. Ha sido la mirada de Cristo sobre el alma, su causa. «Yo os digo de verdad que la misma alma no se conoce» (5M 2,7). Y Teresa nos ofrecerá aquí otra imagen bíblica-agustiniana, la del descanso (Sabat): «Todo la cansa porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas» (5M 2,8). Este texto nos remite a otro más expresivo de *Vida*: «Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta. Si no es con Dios o por Dios. No hay descanso que no canse» (V 26,1). Parece que estamos escuchando la exhortación de la *Carta a los Hebreos* a entrar en el descanso prometido por Jesús (4, 8.11).

Teresa ahora se para un momento a considerar los deseos de apotolado que están surgiendo de esta alma, y salta a los de Cristo así como a sus sufrimientos por las ofensas que se hacían a su Padre, que

⁴⁰ Jn 11,35.

⁴¹ Ct 1,3; Jn 20,19.26.

⁴² Col 3,3-4.

ella juzga que serían más atroces que los de su misma Pasión (5M 2,10-14). Una vez más, la mística, pegada al evangelio. Como siempre, Teresa no quiere que caiga en el olvido, por encumbradas que se encuentren las personas, que es necesaria la cooperación con la gracia; y para advertir del peligro en que pueden encontrarse, pone el ejemplo de Judas y Saúl (5M 3,2). Deben llegar a fondo en la purificación, ya que esos núcleos no purificados pueden acabar con todo el edificio, y recurre enseguida a un pasaje curioso de la Biblia: «Que quedan unos gusanos que no se dan a entender, hasta que, como el que royó la yedra a Jonás, nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar los prójimos...» (5M 3,6)⁴³. La unión mística o regalada, como la llama también santa Teresa, tiene otra correlativa, que puede ser de mucho consuelo para aquellos que creen que en su vida no se ha dado la experiencia mística.

Se trata de la unión de voluntad, que a juicio de Teresa produce la misma densidad religiosa que la otra, y que es la que ofrece mayores datos de seguridad. Sin duda, hay aquí un recuerdo de la famosa petición del Padrenuestro y de la aceptación de la voluntad de Dios por parte de Jesús a lo largo de los evangelios, pero sobre todo en Getsemaní: «Que no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto, basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo que nos enseñase el camino» (5M 3,7). Y el camino lo resume Teresa principalmente en el precepto del amor, en la doble línea de la primera *Carta de Juan*⁴⁴, deteniéndose largamente en su explicación. Podíamos concluir su pensamiento con estas palabras: «Si entendiéseis lo que nos importa esta virtud, no traeríais otro estudio» (5M 3,10). Curiosamente, nos recuerda Teresa aquí la oración sacerdotal en la que Jesús pide al Padre la unidad de los suyos (5M 3,7)⁴⁵.

Finalmente, comienza a orientar el discurso por la imagen del matrimonio, de claro signo bíblico, sobre todo del *Cantar*: «Ya tendréis oído muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente» (5M 4,3). Para Teresa es la imagen del matrimonio el instrumento más preciso para hacer ver la relación que Dios quiere establecer y

⁴³ Jon 4,6-7.

⁴⁴ 4,7-21.

⁴⁵ Jn 17,21-22.

de hecho establece con el hombre. Ahora bien, la relación se orienta en concreto a Jesucristo, encarnado y resucitado, y mediante él, con toda la Trinidad. En el estadio presente no tendrá lugar todavía lo que Teresa denomina desposorio (6M), ni matrimonio (7M); se trata del primer encuentro que produce el enamoramiento (5M 4,4). Dice Teresa: «Queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede para que no se desconcierte este divino desposorio» (5M 4,4). La experiencia la podíamos resumir con las siguientes palabras de la misma Santa: «Aquí con estar todas (las potencias) dormidas, y bien dormidas a las cosas del mundo y a nosotras mismas, porque en hecho de verdad se queda como sin sentido aquello poco que duran, aquí, ni hay poder pensar aunque quieran; aquí no es menester con artificio suspender el pensamiento; hasta el amor, si lo hace, no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni qué querría; en fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo para vivir más en Dios, que así es una muerte sabrosa» (5M 1,4), Y todo esto mientras el alma está bajando a la hondura de sí misma, la bodega del *Cantar* o el cenáculo de Cristo.

6. *En la noche con traje de bodas*

a) Introducción

El estrato de sextas moradas es el más extenso. Él sólo tiene tantas páginas como todo el resto junto. Se describe en él el llamado «Desposorio espiritual». Su referencia bíblica es clara y continua. Parece que se conexionaría principalmente con la vida pública de Cristo contemplada desde la resurrección y el éxodo. La simbología nupcial, iniciada en la morada anterior, cobra ahora un relieve particular. Literaria y teológicamente hablando es la figura central. Estamos en el tiempo del desposorio, vinculado por Teresa a momentos concretos de la Sagrada Escritura. Esta impresión se corrobora si tenemos en cuenta su pequeño comentario al *Cantar* en su obra *Meditaciones sobre los Cantares*.

En este período se narran una serie de fenómenos interiores que, finalmente, se configuran en palabras y visiones. Ya en el escrito anteriormente citado, *Meditaciones sobre los Cantares*, los leía desde este libro inspirado. Dice hablando de ella misma, que «conoció que

es posible pasar el alma enamorada por su Esposo todos esos regalos y desmayos y muertes y aflicciones y deleites y gozos con Él después que ha dejado todas las cosas del mundo por su amor» (Mc 1,6).

Antes de comenzar a narrar una serie de experiencias que producen profundas satisfacciones y gustos, observa que «siempre escogería el (camino) del padecer, siquiera por imitar a nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiera otra ganancia en especial, que siempre hay muchas» (6M 1,7). Como podemos observar el arranque del camino de esta morada se hace con el recuerdo de la Pasión de Cristo.

Este período de altísima iluminación va a tener un prólogo y un epílogo totalmente envueltos en noche oscura, el capítulo primero y el once. Estas dos noches gozarán de un carácter distinto, pero al fin no pueden ser calificadas de otro modo⁴⁶. La primera noche tiene también dos aspectos. Uno se refiere a los sufrimientos que le advienen al alma de parte de los hombres, en este caso el sufrimiento se acrecienta cuando los confesores ponen en duda su experiencia o con otras formas de proceder, y también a causa de enfermedades que Teresa vincula a este período. El otro aspecto de esta primera noche son dudas profundas que experimenta el alma acerca de la veracidad de lo que le ha acontecido y del amor de Dios por ella. Habrá momentos que se sentirá como reprobada. A lo largo de la descripción no hace alusiones a la Sagrada Escritura. La noche oscura teresiana está muy poco estudiada. Sin embargo, Teresa nos deja consignados aquí muchos de aquellos elementos que más tarde recogerá Juan de la Cruz.

b) Llamadas apremiantes

Después de ésta primera parte de la noche, Teresa comienza a describir las llamadas mediante las que Jesús se hace presente con «unos impulsos tan delicados y sutiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparación que poner que cuadre» (6M 2,1). Entre las numerosas llamadas hará alusión a una especie de silbo. Recordemos que ya en las cuartas moradas aludió a esto, y decíamos que allí lo

⁴⁶ Para toda esta cuestión cf. S. CASTRO SÁNCHEZ, OCD., «La noche oscura en *Las Moradas de Santa Teresa*», en *Revista de Espiritualidad*, 67 (2008) 291-311.

atribuía a Jesucristo, bajo la imagen de Rey-Pastor. Sin duda, también aquí la referencia es a él. Algunas imágenes cristológicas y bíblicas de cuartas moradas, en ésta, crecen, como son la del agua que inunda el huerto, la persona; y el brasero que llena de perfumes todo el recinto del ser humano (4M 2,4,6; 6M 2,4; 5,3). Estas llamadas o señales de carácter bíblico, ahora se hacen más vigorosas, son las llamadas del Esposo a las que hace referencia el *Cantar*⁴⁷. Teresa está pasando por la Sagrada Escritura toda su experiencia, o, al menos, está leyéndola desde ella. Ahora nos mencionará un olor deleitoso que invade todo el ser. Sin duda, la referencia también aquí es al *Cantar*, porque al provenir del interior, se origina en Cristo, el Rey Esposo, cuya morada se halla en el centro del castillo. Todos estos movimientos interiores de que habla Teresa en los primeros capítulos de sus sextas moradas tienen el mismo origen.

Y dará en seguida un paso más, y nos descubrirá otro secreto: el de las hablas. Y aquí sí que la evocación a la Biblia resulta imprescindible desde diversos puntos de vista. Primeramente porque las palabras que Teresa escucha en su ser y que ella percibe salidas de los labios de Jesús son muy similares a las que los evangelios le atribuyen. Por otra parte, ella señala una serie de características a estas palabras, que corresponden a las que son propias de la palabra de Dios. Reseñemos algunas; primeramente el señorío y poderío que traen «que es hablando y obrando» (6M 3,5). La segunda característica se refiere a ese recogimiento y quietud que emanan de ella (6M 3,6). La palabra de Dios, tal como se comprueba a lo largo de la historia de la salvación, siempre deja paz, incluso cuando corrige o desnuda al hombre ante él. La tercera es el recuerdo permanente que deja. La palabra es incisiva, no se puede olvidar, se hace viva en el hombre, en el profeta, en Teresa. Por eso el recuerdo, la memoria será algo que se repetirá con frecuencia en la Biblia.

Pero Teresa advierte a aquellos que escuchen esta palabra que no se crean por ello ser mejores, porque —dirá— también Jesús habló mucho a los fariseos y no les aprovechó (6M 6,4). Dentro de este ámbito bíblico, enseñará nuestra autora que cualquier palabra que se escuche, por sublime que sea, no se ha de hacer de ella ningún caso

⁴⁷ Ct 1,1.

si no va de acuerdo con la Sagrada Escritura (6M 6,4). Por tanto, con ello nos invita a profundizar la palabra de la Biblia, de la que las otras, las oídas en la oración, no son más que meros reflejos. Esta cercanía de la palabra mística con la palabra de la Biblia, se muestra de forma singular cuando la palabra mística encierra algo de profecía, entendida como anuncio del futuro. Por eso, le consultará al gran teólogo Ibáñez si, cuanto ha sentido y siente en la oración en relación con el hecho de la fundación de san José, va contra la Sagrada Escritura (V 33,5).

Si la palabra mística estuviere vinculada con alguna promesa de futuro ella deseará a toda costa que se cumpla para que no aparezca oscurecido el misterio de Dios; y se acuerda de Jonás, que también dudaba de que la palabra pudiera no cumplirse si los hombres cambiaban de conducta (6M 3,9)⁴⁸. También Teresa recalca la fuerza que reviste la palabra en cada una de sus sílabas (6M 6,4). Remite esta observación al hecho de la inspiración, que, como sabemos, alcanza no sólo al sentido de las frases, sino también a cada vocablo original. De ahí el cuidado de los copistas y las redacciones, de no alterarla.

Pero la palabra alcanza su profundidad máxima cuando viene acompañada de la visión. Se trata de algo profundísimo. Su significado se deja comprender en el centro del alma (6M 3,12). Son como las palabras del Resucitado a los suyos, que gozan de la máxima intensidad. La palabra es entonces capaz de recoger todas las potencialidades del hombre, reducirlas a un punto, y como si fueran un único ser postrarse ante aquella luz y adorar.

c) Los desposorios

El desposorio se realiza dentro de un arrobamiento (6M 4, 2). Teresa no alude aquí a ningún texto bíblico. Curiosamente no dirá nada de alianza, aunque, como veremos, el matrimonio tiene lugar dentro de la misa y en el momento de comulgar (7M 2,1). Como ya hemos dicho, las sextas moradas tienen sabores de Éxodo y aquí mismo va a nombrar a Jacob ante la escena de la escala y a Moisés ante la zarza. Como se ve se refiere a dos momentos de intensísima experiencia

⁴⁸ Jon 4,2-3.

religiosa para explicitar lo que ella siente (6M 4,6-7)⁴⁹. Pero Teresa no olvidará el hilo que va enhebrando su relato, que en este caso no es otro que la solicitud con que la esposa de los *Cantares* busca a su Amado. (6M 4,10)⁵⁰. Y para ello, nuestro corazón debe estar limpio para que nuestros ojos vean. Y aquí discretamente recuerda al ciego de nacimiento del evangelio de Juan «que sanó nuestro Esposo» (6M 4,11)⁵¹.

Mientras tanto, las llamadas interiores se van haciendo cada vez más intensas. En este sentido se produce lo que ella denomina los vuellos de espíritu, y recordando aquel suave manantial de cuartas moradas, que con tan delicadeza regaba el jardín de nuestro ser, nos advierte que ahora se convierte en ola impetuosa que «desató este gran Dios que detiene los manantiales de las aguas y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde viene a este pilar del agua y con un ímpetu tan grande se levanta una ola poderosa que sube a lo alto esta navecita de nuestra alma»(6M 5,3)⁵². Como observará el lector el texto está lleno de asonancias bíblicas, a Yahvé, al Dios de los salmos, al paso de mar Rojo y a Jesús deteniendo el mar de Galilea.

Pero la Santa no se olvida de recordar a estas personas, que «quien mucho debe, mucho ha de pagar» (6M 5,4)⁵³, texto de sabor evangélico. Y así la mística se inscribe discretamente en el evangelio. Todos estos fenómenos son considerados por la autora de las *Moradas* como una preparación para la entrada en la tierra de promisión. Y la alusión a ese hecho no se deja esperar (6M 5,9). Estas experiencias de la nueva tierra producen en Teresa grandes alabanzas a Dios, que se derrama de esta forma en las personas. Por eso en un arrebato lírico y con el trasfondo del Éxodo, en el que ella inscribe esta morada, no dudará en dirigirse a su Señor con el título del «gran Dios de las caballerías» (6M 6,3)⁵⁴. Estos exabruptos nos hacen ver la intensidad con que se mueven estas sextas moradas y cómo, ya lo hemos recordado, inscribe su aventura en la epopéya del Éxodo (6M 6,3).

⁴⁹ Gn 28,12; Ex 3,2.

⁵⁰ Ct 3,2.

⁵¹ Jn 9,6-7.

⁵² Jb 38,8-10; Prov 8,29.

⁵³ Lc 12,48.

⁵⁴ Ex 14, 18.23-28; 15,1-4.

d) El fulgor de la Humanidad de Cristo

Hasta ahora Teresa nos ha venido describiendo los fenómenos que preceden y acompañan al desposorio. Falta todavía uno de gran importancia, que es el que se refiere a las visiones intelectuales e imaginarias de Cristo. Pero antes nos va a ofrecer un capítulo muy rico en mística, teología y Biblia, el séptimo, en el que pretende demostrar desde su propia experiencia que la Humanidad de Jesucristo no sólo no es impedimento para alcanzar las más altas cotas de la mística, sino que es precisamente su fuente. Apoyará su experiencia en varios puntos, pero principalmente en la Sagrada Escritura. Precede a dicho capítulo un breve inciso sobre cómo a estas alturas se da una experiencia de intenso dolor por el pecado perdonado. A la luz de la grandeza de Dios y de su misericordia, el pecado perdonado se convierte en un verdadero trauma. Se acuerda del sufrimiento que en este sentido tendrían San Pablo y la Magdalena (6M 7,4).

Algunos espirituales juzgaban que en el ascenso a la mística había que ir prescindiendo cada vez más de lo humano para lograr la concentración en la divinidad. Esto humano alcanzaba también a la Humanidad del Señor. Se trataba más bien del aspecto psicológico, porque desde un punto de vista teológico, todos confesaban la mediación universal de la Humanidad de Jesús. Aquí no podemos entrar en la complejidad de este tema. Remito a otros estudios míos⁵⁵. Teresa organiza un verdadero argumento teológico para hacer ver que no sólo no es impedimento, sino que la Humanidad de Jesús es fuente de mística. En esta argumentación tiene un puesto singular la Biblia, principalmente se sirve del evangelio de Juan. En la autobiografía lo ha hecho más bien desde la tradición sinóptica. Los textos joaneos citados por Teresa son cuatro (6M 7,6) y todos ellos hablan de la mediación absoluta de Jesús (Jn 14,6; 8,12; 14,6.9).

En medio de estas reflexiones la alusión al sacrificio de Elías no deja de ser curiosa. Aunque lo hace para invitar a los lectores a no quedarse sólo esperando la intervención de Dios, sino a poner todo lo que dependa de nosotros. La referencia indirecta a que la contemplación es un sacrificio a Dios, donde se queman los ídolos, es por lo menos

⁵⁵ Sobre todo a *Cristología teresiana*, Madrid, EDE, 2009³), 300-308.

curiosa (6M 7,8)⁵⁶. La cita de la Esposa del *Cantar* que busca al Amado, sitúa la contemplación en esa dimensión nupcial (6M 7,9)⁵⁷. A lo largo del capítulo Teresa quiere centrar al orante en los misterios de Jesús (6M 7,9), fijándose principalmente en el de su Pasión (6M 7,10-11). Jesús, como guía no es algo que pertenezca solamente a la vida ascética, tiene que serlo a lo largo de todo el tramo espiritual.

Finalizará este magnífico capítulo haciendo un comentario a Jn 16,7, sobre cómo entender la afirmación evangélica de que es necesario que Jesús se vaya para que venga el Espíritu (6M 7,14). Teresa no podía sufrir que esto se entendiera de la Humanidad de Jesús como impedimento de la llegada del Espíritu. Ella responde que estas palabras no se dijeron a la Virgen que le amaba más que todos y sí a los discípulos cuando todavía no estaban firmes en la fe.

Concluimos afirmando que el capítulo 7 de estas sextas moradas supone una reflexión-contemplación profunda de la cristología de los evangelios, sobre todo del último, el de Juan. ¿Por qué Teresa cita aquí a Juan y no lo hace en la *Vida*, en la que se refiere principalmente a los sinópticos y a Pablo? ¿Encontró en el texto joaneo una respuesta más inmediata a su pregunta? Eso parece.

e) Nuevas iluminaciones cristológicas

El capítulo séptimo ha sido un largo inciso. En los dos que le siguen la autora prosigue narrando las experiencias del desposorio, que ahora se refieren a las visiones intelectuales e imaginarias de Cristo. Estos fenómenos retrotraen el desposorio a la realidad de la historia de Jesús, captada de diversas formas, según la visión sea intelectual o imaginaria, pero en cualquiera de las facetas en que aparezca Jesús, siempre será «con la carne glorificada». Jesús se presenta al alma como vivió en su vida pública, pero, como hemos dicho, con la carne glorificada. El matrimonio será con el Cristo glorioso. La mística teresiana queda así convertida en una cristopatía y cristofanía. Sigue los mismos pasos que observamos en el Nuevo Testamento. No es absorción en la divinidad,

⁵⁶ 1 Re 18,30-39.

⁵⁷ Ct 3,3.

que también, sino transformación en Cristo al modo como el Señor ha expresado su historia.

La descripción teresiana de estas visiones cristológicas es delicadísima. Tienen sabor a trascendencia. Es como una lectura transfigurada de las escenas evangélicas, que se llenan de luminosidad, sin deslumbrar (6M 9,4). Es una luz tan suave, que no cansa, pero que a su contraste, la de este mundo no parece luz (V 28,5). A la llegada del desposorio, Dios despliega ante los ojos del alma su evangelio.

Después de estas experiencias vienen otras relativas a la Divinidad, en que el alma «comprende» la realidad infinita de Dios, que todo lo penetra. A esta luz se entiende también el sentido más hondo de la verdad. Y esa verdad de fondo, que da forma a todo, la relaciona con Jesús en su encuentro con Pilato, cuando éste le interroga sobre ella: «¿Y qué es la verdad?» (Jn 18,38). Así Teresa se acerca a lo más nuclear del pensamiento joane, en que Jesús, no sólo dice relación a la verdad revelada, sino a toda la verdad, a la verdad. Jesús vino a enseñarnos que todo lo que no hace referencia a Dios es mentira⁵⁸. Sólo él es la verdad (6M 10,6).

El final de sextas moradas hace inclusión con el principio, ya que ahora nos va a hablar de una noche más oscura que aquella. Se trata de ansias de Dios ardientes y que no pueden ser calmadas por nada de lo mundano, mientras, entre tanto, Dios resulta inalcanzable. Se llega así a la última y casi sustancial soledad del alma. Esta pena de Dios, dice Teresa que es de un valor incalculable. Pena y sed que sólo se lograría apagar con el agua que el Señor prometió a la Samaritana⁵⁹. De nuevo Teresa cristologiza y evangeliza su mística (6M 11,5). También el señor ha preguntado al alma como a los Zebedeos⁶⁰ si están dispuestos a beber el cáliz. Y termina animando a tener estos grandes deseos, porque el Señor defiende de mil maneras a estas almas atrevidas como hizo con la Magdalena (6M 11,12)⁶¹.

⁵⁸ Sal 116,11, citado aquí expresamente por Santa Teresa.

⁵⁹ Jn 4, 7-13.

⁶⁰ Mt 20,22.

⁶¹ Lc 7,44

7. *El hombre en la aurora de la luz pascual*

Séptimas moradas recogen el momento cumbre de la mística teresiana. Quizás desde el punto de vista literario es la morada mejor estructurada y teológicamente hablando, la más clara. El primer capítulo tiene un objetivo central: exponer la experiencia trinitaria, previa al matrimonio. Moradas séptimas no tendrá por objeto la exposición de la experiencia del misterio trinitario, sino la del matrimonio espiritual con Cristo Resucitado, que indudablemente dejará la experiencia abierta a todo el misterio, y principalmente al trinitario. Pero Teresa aquí no hablará de eso principalmente. La experiencia trinitaria que se ofrece antes del matrimonio estará orientada a prepararlo.

El capítulo segundo irá dirigido al matrimonio mismo, centro de estas moradas. El tercero hablará de los efectos que se siguen de esta experiencia; y el cuarto dará razón de la misma: ¿por qué el Señor concede gracias tan altas a algunas personas?

a) Configuración con Cristo

Como acabamos de decir, antes de la consumación del matrimonio el ser humano experimenta la inhabitación trinitaria. Teresa lee este hecho a la luz de la promesa de Jesús en Juan 14,23. La experiencia tiene lugar en el centro del alma, donde ésta se halla en suma paz, aunque pudieran existir algunas perturbaciones en la parte más exterior. Esta doble sección del propio ser la va a denominar Marta y María. Y hablará de las quejas de una contra la otra según el evangelio (7M 1,11)⁶². Aquí no acontece como en la oración de unión y en los arrobamientos, en que el alma está como sorda y muda (7M 1,6), al modo de lo que le sucedió a Pablo en su conversión (7M 1,6)⁶³. Obsérvese la tendencia de la Santa a identificar los estados místicos con acontecimientos del Nuevo Testamento. Aquí el alma desde esa parte más honda percibe el misterio, está dentro de la suma pasividad, muy activa.

⁶² Lc 10,40.

⁶³ Hch 9,8

Teresa no pierde la oportunidad de antes de proceder a la descripción del matrimonio, volver a la antropología sobre la que está transmitiendo su pensamiento. Recuerda que el alma es imagen de Dios. Por ello dotada de grandes capacidades (7M 1,1)⁶⁴. A lo largo de estos cuatro capítulos irá dejando aquí y allá preciosas observaciones que evocan y complementan la primera morada. De modo que podemos decir que estas observaciones son como el cierre de una larga inclusión de la antropología bíblica que veíamos en aquella primera morada.

Y ya en el capítulo dos se dirige de inmediato a la descripción del matrimonio, que en su caso tuvo lugar en el momento de la recepción de la Eucaristía (7M 2). Se realiza en el ser interior del hombre, que Teresa compara al cenáculo donde entró Cristo y se hizo presente a sus apóstoles (7M 2,3)⁶⁵. Para explicar el hecho se servirá de textos paulinos (7M 2,6)⁶⁶. Como se ve, la mística teresiana va íntimamente pegada a la Escritura. Después en una imagen un tanto imprecisa hablará de los pechos de Dios (Cristo), donde se halla afincada el alma. De ahí brotan unos rayos de leche que fortalecen toda la realidad del ser humano. Y ahora Teresa hablará de río caudaloso. Primero habló de fuente, después de mar, y ahora de río caudaloso, que no es otro que Cristo, que alcanza hasta el mismo cuerpo. Las dos imágenes, tienen reminiscencias bíblicas: leche y agua. Leche remite a la tierra prometida y al *Cantar*, y agua es una imagen que recorre toda la Biblia desde el *Génesis*, la fuente que se dividía en cuatro ríos, hasta el agua que manaba del templo en el *Apocalipsis* (7M 2,7).

Toda esta experiencia tiene como derivación inmediata la paz (7M 2,8-9). Y aquí recuerda Teresa las palabras de Jesús a sus apóstoles, en el cenáculo⁶⁷, o la paz que brindó a la mujer pecadora, que ella confunde con la Magdalena (7M 2,9)⁶⁸. Esa paz, regalada por los labios de Jesús, se produce inmediatamente, «porque las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros» (7M 2,9).

Curiosamente, ahora Teresa al hablarnos de la unidad con Cristo, que el matrimonio representa, acudirá a esas frases de la oración

⁶⁴ Gn 1,26.

⁶⁵ Jn 20,21.

⁶⁶ 1Cor 6,17, Flp 1,21

⁶⁷ 20,19-21

⁶⁸ Lc 7,50.

sacerdotal en que se habla de ser uno entre nosotros y con Dios. La invitación se hace a todos (7M 2,10)⁶⁹.

Y, como haciendo un inciso, vuelve a lo sustancial de su antropología, que percibió en una experiencia relatada en el libro de la *Vida*, en la que se le dio a conocer cómo nuestra alma está esculpida en Cristo (V 40,5). Y así afirmará aquí, que si no nos liberamos de las ataduras de lo criado: «No nos vemos en este espejo que contemplamos, adonde nuestra imagen está esculpida» (7M 2,10). Y de nuevo recurre a la imagen del árbol plantado en la fuente, que refiere en la morada primera (7M 2,12). Antropología bíblico-cristológica.

b) La razón de la experiencia suprema

Descrita la experiencia, la autora pasa a exponer sus efectos. El primero se refiere al gran olvido de sí misma. Se cumple de este modo una de las exigencias más inmediatas del seguimiento evangélico (7M 3,1)⁷⁰. Deseos profundos de identificación con el Crucificado es otro de los efectos inmediatos (7M 3,2-4.6)⁷¹. El no temor a la muerte parece debe identificarse con el anhelo de Jesús, mostrado en la última cena, de ir al Padre (7M 3,5)⁷². Y del interior surge como una conmoción profunda que se convierte en alabanza continua y suave al Señor (7M 3,8), al estilo de Jesús en aquel pasaje sinóptico con sabores joánicos⁷³. En medio de esa alabanza dice Teresa que surge de la persona la misma pregunta que le hizo San Pablo: «¿Qué queréis, Señor, que haga?» (7M 3,9)⁷⁴. Desde esta perspectiva, Teresa compara ahora la realidad del ser humano con el templo de Salomón donde su construcción se hacía sin ruidos (7M 3,11)⁷⁵. Teresa ya no sabe cómo describir tanta comunicación con el Señor y tanta plenitud humana. Se ve obligada a acudir a la Biblia, para explicar el desbordamiento que la inunda: «Con

⁶⁹ Jn 17,21.

⁷⁰ Mc 8,34 y par.

⁷¹ Ga 3,19-20.

⁷² Cf. Principalmente los discursos de la cena de Juan cap. 13-17.

⁷³ Mt 11,25-27; Lc 10,21-22.

⁷⁴ Hch 9,6.

⁷⁵ 1 Re 6,7.

este ósculo que pedía la esposa⁷⁶, que yo entiendo aquí se le cumple esta petición. Aquí se dan las aguas a esta cierva que va herida, en abundancia⁷⁷, Aquí se deleita en el tabernáculo de Dios⁷⁸. Aquí halla la paloma que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades de este mundo»⁷⁹ (7M 3,13).

Después de experiencias tan altas Teresa señala en el alma un cierto temor; al recordar sus pecados, que a esta luz se le hacen más graves, y anda con la actitud del publicano (7M 3,14)⁸⁰.

Y finaliza la morada con la imagen de Jesús poniendo paz en el lago. Es el recuerdo que le viene al comprobar que todavía se desatan sobre el alma algunas tempestades, pero la bonanza se hace sentir siempre, como la presencia del Señor⁸¹.

Pero el temor a no responder a tantas gracias brota de vez en cuando en el alma y le vienen al recuerdo algunos personajes de la Escritura como Salomón⁸² u otros. Por eso llevan con frecuencia en sus labios el dicho de David: «Dichoso el hombre que teme al Señor» (7M 4,3)⁸³.

La autora quiere finalizar sus *Moradas* dando razón de por qué el Señor concede gracias tan grandes a algunas almas. Y comenzará afirmando que el mayor regalo que Dios nos puede hacer en esta vida es darnos el estilo de vida de su Hijo. Por tanto todas las gracias están ordenadas a imitar a Cristo en el mucho padecer (7M4,4). Y aquí le vienen a la memoria aquellos que más cerca estuvieron del Señor (7M 4,5)⁸⁴. Una vez más, se comprueba que la mística es una experiencia evangélica. La mística en todo momento viene subordinada por Teresa a la razón bíblica. Por eso las *Moradas* finalizan con la mirada puesta en Jesús (7M 4,9.13). «Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco» (7M 4,9⁸⁵). De esta comunión con Cristo es de donde brotan

⁷⁶ Ct 1,1.

⁷⁷ Sal 42,2.

⁷⁸ Apoc 21,3.

⁷⁹ Gn 8,8-9.

⁸⁰ Lc 18,13.

⁸¹ Mc 6,45-52.

⁸² 3 Re 11.

⁸³ Sal 112,1.

⁸⁴ La Virgen y los Apóstoles, en particular, Pedro y Pablo

⁸⁵ Se trata de una mirada a la Pasión.

las grandes proezas cristianas como la penitencia de la Magdalena y los deseos de la honra de Dios de San Elías (7M 4,13)⁸⁶. La vida del alma transformada debe encarnar la de Marta y María (7M 4,15)⁸⁷, ha de ser a la vez activa y contemplativa. Pero esta vida nuestra tiene sentido en la medida en que la unimos con el sacrificio de Cristo en la Cruz. Sus méritos son los que dan valor a nuestras acciones (7M 4,18-19). Así las moradas finalizan con un canto a la cruz, expresión del amor de Jesucristo.

⁸⁶ 1Re 19,10

⁸⁷ Lc 10,42; 7, 37-38.